



ASI FUE LA TEMPORADA TAURINA

EL ambiente es otro. Hace unos años, no muchos, la capea—carros por todo acomodo, vaquillas picardeadas y mozos con varas de fresno para agredir al torerillo cobarde—era la escuela seria, graciosa y ritual de todo principiante. A seguido, cuando ya se había logrado un átomo de popularidad, surgía el amigo ponderador, que bien podía ser uno de su igual: carpintero, papelista, aguador... El amigo era siempre de más edad que el futuro maestro y entendía de cosas de toros y toreros más que el que inventó el arte de torear. Iban los dos a las tabernas, y, entre vaso y vaso de tinto, el ponderador daba consejos al principiante y cantaba las excelencias de su arte. Más tarde, ya novillero, el torerillo se dejaba ver acompañado de una moza juncal en la Ribera de Curtidores y bailaba el vals que tocaba un organillo chillón. Y, finalmente, tras luchas, dudas, cornadas y sinsabores, una tarde luminosa, con su traje de luces recién estrenado, calle de Alcalá arriba, en una jardinera con buen ruido de cascabeles, iba a la Plaza dispuesto a tomar la alternativa. Si todo salía bien, el torero presumía luego de tipo y hechuras con el traje corto, de posición, con su cadena de oro y sus tumbagas de precio, y de majeza con las buenas mozas que podían codearse con él.

Ahora, el son es otro. Los toreros hacen su aprendizaje en tientas y encerronas o no lo hacen. Si triunfan de novilleros, se apresuran a convertirse en matadores de toros; visten como deportistas, que son quienes imponen la moda masculina, aunque otra cosa crean los galanes de "cine", y van y vienen sin que nadie se dé cuenta de su paso, acompañados de sus apoderados, que les hablan de tantos por ciento y de ingresos brutos.

Es otro el ambiente, pero no por eso se cuarteas el armazón de la fiesta nacional. Quizá esté todo el secreto en que antes los toreros eran tales en la plaza y fuera de ella, y ahora dejan de serlo tan pronto se despojan del traje de luces. Antes no eran más que toreros y vivían, más que de su profesión, para ella. Ahora viven de lo que ganan en el ruedo y tienen, por lo general, otras aficiones que nada tienen que ver con la fiesta. No rasguen sus vestiduras los aficionados castizos, que ningún mal hay, creemos nosotros, en que Luis Miguel "Dominguín", primer espada de la totería actual si atendemos al detalle importante del número de corridas toreadas, sea un esquiador más que discreto, jinete consumado y deportista por los cuatro costados cuando el quehacer taurino le da lugar a practicar sus aficiones deportivas. Nadie podrá poner peros a un natural de Antonio "Bienvenida", si el natural es bueno, sólo porque en el momento recuerde que Antonio es amigo de D. Jacinto Benavente, de Felipe Sassone y de otros literatos con los que habla, discute y analiza inocentes temas que en nada perjudican a la bravura y tamaño de los toros andaluces. Que Mario Cabré pasara un invierno en El Escorial con un profesor alemán—del que recibía lecciones de inglés y al que daba clases de español, usando del francés para entenderse—, estudiando la literatura mística española, no le impide dar estocadas—no todas las tardes, claro está—tremebundas, ni tienen menos sabor y majeza sus lances de capa porque el torero catalán haga poemas, recite muy requetebién y actúe como galán en el teatro o en el cinematógrafo; pues, además, cuando llega el caso—y llega siempre que se logró un éxito—, el torero sabe arrancarse por soleares como el más pintado y campanudo cultivador del cante

jondo. Ni se va a negar repajolera gracia al toreo del "Albaicín" porque sepamos que el gitano habla francés, toca el piano, trabaja en los estudios cinematográficos, pronuncia conferencias si hay ocasión y baila, con ocasión o sin ella, como un calé legítimo cuando se lo pide el cuerpo.

Pues todo esto se dice, y aún podíamos aducir más argumentos, para que el lector se explique con claridad por qué el toreo es otro, ya que sus intérpretes son muy diferentes a sus antecesores, y, en vez de ser arte para unos cuantos, es espectáculo que comprenden casi todos y a la mayoría emocionalmente. Se acabó aquel fantasma severo y malencarado que se llama-

maba "la afición", y ahora, a Dios gracias, el toreo es espectáculo de multitudes, aunque algunos empresarios poco hábiles no crean esto de las masas numerosas.

Por eso, porque hay más espectadores que van a las plazas, se celebra cada vez mayor número de corridas, y así, al remate del mes de octubre, fecha en la que se puede dar por terminada la actividad taurina, aunque, esporádicamente, se organice alguna corrida, Luis Miguel "Dominguín" había toreado 100 corridas; Paco Muñoz, 74; "Parrita", 59; Manuel González, 56; Pepe "Dominguín", 51; Pepe Luis Vázquez, 47; Antonio "Bienvenida", 46; Antonio Caro, 39; "Rovira", 37; "El Choni", 36; Pepín Martín Vázquez, "Andaluz" y Domingo Ortega, 29; Rafael Llorente y Luis Mata, 27; Julián Marín, 26; Manuel Navarro, 24; "Gitanillo de Triana", 22; Diamantino Vizéu y Mario Cabré, 18; Manuel Dos Santos y Pedro Robredo, 17; Manuel Escudero, 13; Curro Caro, 12; "Cagancho", 11; "Albaicín" y "Vito", 10; Pepe "Bienvenida", "Morenito de Talavera", "Morenito de Valencia", Angel Luis "Bienvenida", Aguado de Castro y "Belmonteño", 8; Paco Lara, 6; "Chicuelo", "Gallito" y "Niño de la Palma II", 5; "Niño del Barrio" y "Valencia III", 4; Angélete, Edgar Puente y Gomes Junior, 3; Curro Rodríguez, Miguel del Pino y "Yoni", 2, y 1 cada uno, Manolo Martínez, Jaime Pericás, Domingo "Dominguín", "Parrao", "El Sargento", "Venturita" y "El Diamante Negro". Este último, después de torear 42 novilladas, tomó, a fines de temporada, la alternativa en Granada.

Tenemos a Luis Miguel "Dominguín" como figura máxima que rara vez defrauda; a Paco Muñoz en segundo lugar, muy merecidamente; a "Parrita" después, que es el torero que en más ocasiones muletea con la izquierda; a Pepe Luis Vázquez, torero genial que torea como sólo él sabe hacerlo cuando le deja el genio de los toros; a Pepe "Dominguín", banderillero sin igual en la actualidad; al nuevo matador de toros Manolo González, cada vez más seguro; a Antonio "Bienvenida", capaz de todo en el ruedo; a "El Choni", Antonio Caro, "Rovira". Hagamos punto en "Rovira". Sin duda es consciente el valor de este torero, y la gente se empeña en creer que no es posible que este hombre se dé cuenta de lo que hace. "Rovira" arrebató a los públicos. El sabe—¡faltaría otra cosa!—que los toros dan cornadas mortales, y, sin embargo, parece que las busca. "Rovira" es torero de romance de cordel y de coplas de ciego. Otro caso que hay que destacar es el de Domingo Ortega, refugiado en las corriditas cómodas, a pesar de que siempre se le tuvo por lidiador capaz de los más difíciles empeños. Mario Cabré ha logrado la perfección del estilismo en el lance a la verónica. "Chicuelo", muy avanzada la temporada, ha vuelto a los ruedos con arrestos de los que no hizo alarde anteriormente. El ecuatoriano Edgar Puente no tuvo fortuna en ninguna de sus dos actuaciones, como tampoco alcanzó lucimiento "El Sargento" en la única corrida que toreó en Vista Alegre. Reapareció, tras prolongada ausencia, el valenciano Manolo Martínez, y por segunda vez tomó la alternativa Ventura Núñez, "Venturita". Ni una ni otra determinación parecen estar justificadas.

No actúan en los ruedos españoles los lidiadores mexicanos. El público no sabe en qué términos está planteada la cuestión, y, a decir verdad, no está muy interesado en conocer detalles; pero quiere que los mexicanos toreen en España. Lo ha pedido ya, a voces, en diferentes ocasiones durante la celebración de corridas.





Y no nos equivocamos al afirmar que la inmensa mayoría de los toreros están de acuerdo en este punto con el público.

En el escalafón novilleril ocupa el primer lugar el cordobés José María Martorell, con 38 funciones, seguido por Pablo Lalanda, "Calerito", "Lagartijo", Alí Gómez, Juan "Bienvenida" y "Diamante Negro". Vienen otros novilleros a continuación, entre los que están "Frasquito", Julio Aparicio, "Trujillano", Manolo Vázquez e Isidoro Morales. De los citados hemos visto en Madrid a "Diamante Negro", Martorell, Alí Gómez y "Trujillano". "Diamante Negro", a las puertas de la alternativa, demostró que tiene valor y buen caudal de conocimientos, pero no consiguió un triunfo completo. El cordobés Martorell gustó mucho, cortó una oreja y hasta consiguió que alguien dijera que ya tenemos a la vista al continuador de "Manolete". Alí Gómez sentó plaza de valiente y se ganó la simpatía de los espectadores, y "Trujillano", algo inexperto aún, hizo cosas muy buenas muleta en mano.

Parece que "Frasquito", el novillero que conmovió las esferas taurinas, no es lo que se creyó al principio; es posible que "Frasquito" vuelva por sus fueros, pero sólo posible. Dicen que Julio Aparicio, que tiene por mentor a "Camará", es un gran torero; nada se lleva perdido si tenemos esperanzas de que lo dicho se confirme, como nada perdemos tampoco si damos crédito a los que afirman

que Manolo Vázquez, hermano de Pepe Luis, será pronto un lidiador excepcional.

Podíamos ahora echar nuestro cuarto a espadas al decir algo del toro de lidia y hacer una comparación entre los toros que se lidian ahora y los que se corrían antaño; pero ¿qué culpa tienen las pobres reses que vemos en los ruedos de que se les saque de las dehesas a temprana edad, de que se les asierren los cuernos, se les den purgas, se les destrocen los riñones a fuerza de tirar sobre ellos sacos llenos de arena, se les quiebre el espinazo dándoles golpes tremendos con tablones y se les haga víctimas de otras parecidas atrocidades? No; los toros no tienen la culpa. Y lo bueno es que los toreros tampoco. El público asiste a la fiesta por pura diversión; quiere que el lidiador haga cosas bonitas y le entretenga, y el torero prepara la tramoya precisa para que el público se alboroce.

Al público—muy distinto en muchos aspectos de "la afición"—le asusta la posibilidad de ver en un charco de sangre el páncreas de "Sabandija IV" o de cualquier otro fenómeno, y al torero interesado, ni que decir tiene. De acuerdo público y toreros, no vamos nosotros a ser más papistas y a lamentarnos de que no se lidien toros de cinco años, con cuajo, presencia y fuerza. El toreo ha evolucionado, los toreros son distintos y, naturalmente, los toros diferentes.

B E N J A M I N B E N T U R A

CON la sola excepción de Navarra, en cuya provincia sitúan algunos nada menos que la cuna de esta clase de ganado, el toro bravo no traspone actualmente el paralelo de Zaragoza, extendiéndose al sur de él hasta la misma punta de Tarifa. En el otro sentido, no rebasa el meridiano de Albacete; pero a la izquierda del mismo campea hasta internarse en el país hermano. Se desconoce, pues, el ganado de lidia, totalmente, en las provincias de Coruña, Lugo, Orense, Pontevedra, León, Palencia, Burgos, Asturias, Santander, Vizcaya, Guipúzcoa, Alava, Logroño, Soria, Huesca, Lérida, Gerona, Barcelona, Tarragona, Teruel, Castellón, Valencia, Alicante y Murcia. Y aun dentro del gran cuadrilátero diseñado, en Almería, Granada, Málaga, Huelva y Avila, no existen hoy ganaderías, aunque en algunas de las provincias citadas las haya habido en otro tiempo, excepción que confirme la regla.

En realidad hay tres núcleos principales de ganado de lidia en Salamanca, Sevilla y Madrid, desde los cuales se irradia a las provincias cercanas: Cáceres, Zamora y Valladolid, por un lado; Cádiz, Badajoz, Córdoba, Jaén, por otra parte, y Segovia, Guadalajara, Cuenca y Toledo, en último término.

Algunos aficionados relacionan la situación de las ganaderías con ciertos ríos, Guadalquivir, Guadiana, Tormes, Tajo y Jarama, en exposición ingeniosa de sus teorías. Igual podría hacerse respecto a las estribaciones de las cordilleras. El toro está donde están los pastos a propósito para él, y al decir esto, nos referimos más a las condiciones de la finca que a la calidad de la hierba, pues aunque se ha pretendido que la clase de las praderas influye en la mayor o menor bravura de los toros, esto, que es muy sugestivo, no tiene nada de cierto, desde el momento en que botánicamente es bastante análoga la composición de los pastos careados por el ganado manso y el que no lo es, y en resumen se reduce a unas cuantas gramíneas y leguminosas, mezcladas con plantas indiferentes en distinta proporción de cada una. Si la bravura fuese una cosa material, como el peso o la fuerza, cabría dudar; pero desde el momento de que se trata de algo relacionado con el espíritu—valga la frase—, se comprende que haya de ser casi ajeno al régimen alimenticio. Y en prueba de ello, basta considerar lo ocurrido en Salamanca. Hace treinta y cinco años no se encontraba allí un toro bravo ni con candil; ha bastado que los ganaderos importen en gran escala sementales andaluces, para que la decoración cambie por completo. Y el suelo de las dehesas sigue siendo el que era por entonces.

Insensiblemente hemos abocado a una cuestión de actualidad palpitante, que apasiona muchísimo a los aficionados y que podría sintetizarse así ¿Sevilla o Salamanca?

GANADERÍAS ESPAÑOLAS

Difícil es pronunciarse por cualquiera de los términos del dilema, debiendo, en todo caso, antes de hacerlo, establecer un parangón entre las fincas, los ganaderos y los toros de ambas provincias, o mejor regiones representadas en ellas, que polarizan totalmente los intereses relacionados con la Fiesta.

En Sevilla, el toro se cria con naturalidad. Las fincas son extensas y la hierba abundante, aunque no sea de calidad. El invierno no es duro, y el calor, aunque fuerte, es muy soportable para este ganado. La primavera existe siempre y es temprana. Las grandes rastrojeras permiten la entrada de estas piaras numerosas. El otoño tampoco suele faltar, y los animales comen en el suelo aun en pleno invierno. No se hacen provisiones de heno para el mismo. Y hay facilidad para disponer de piensos y forrajes, si se precisan.

En Salamanca, el toro se logra a base de cuidarle mucho. Las dehesas no son tan grandes y la hierba es fina y muy nutritiva, pero no de mucho aparentar. El invierno es penoso y largo, y el verano, nada breve y bastante caluroso. Las primaveras son cortas y a destiempo y el otoño suele ser la mejor estación, aunque sabe a poco. Los animales comen en primavera y otoño y prosperan; pero en el resto del año, si no se les ayuda, pierden toda la carne que pusieron; de aquí la necesidad de segar hierba, que algunos años se empieza a dar muy pronto. El ganado bravo para poco en la rastrojera, o no la repasa en absoluto. Se dispone de grano y forraje, pero mucho más caros que en el Sur.

El ganadero andaluz es más romántico, más prócer. Más aficionado al toro en el campo, está pendiente de sus cortijos, de sus jacas, de sus garrochas, de sus fiestas de acoso. Gusta aislarse del mundanal ruido y de los chismorreos de entre bastidores, que es donde se cuecen todas las combinaciones de la temporada. Siente un instintivo desprecio por los toros y los toreros que son de Despeñaperros para arriba, y no quiere darse cuenta de que, vendiendo sementales, cría los cuervos que le han de sacar los ojos. Ignora la preponderancia salmantina, porque es fatalista, y sabe que las aguas vuelven siempre a sus cauces y tiene fe en la selección, que practica casi exclusivamente.

El ganadero de Salamanca es más negociante, más listo. Más aficionado que el andaluz, su afición es integral, pues gusta mucho de pasar temporadas en sus dehesas, imitando a sus colegas del Mediodía en el cuidado de sus garrochas, de sus caballos, y siempre pronto para derribar, pero también torea en las tientas en plaza. Y cuando está en Salamanca, se pasa la vida en el café charlando de toros impenitentemente, y viene a Madrid para oler todo lo que se guisa, con un gracioso afán de intriga y egocentrismo. Está satisfechísimo de pensar lo que eran antes los toros charros y lo que son